No. 11 - Octubre - 1955

REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

DECIR LAS COSAS BIEN...

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno? La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el beso en la frente de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?

José Enrique Rodó.

farolito

Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Decir las cosas bien 1
La rata 2
Guillermo Tell 3
Un evangelio 8
Las siete maravillas de Nueva York 11
¿Por qué tiene el zorro la boca tan grande? 13
Página de los niños 15
¿En dónde tejemos la ronda? 16

OCTUBRE 1955 *Maderas:* Francisco Amighetti. **VALE:**
NUMERO 11 *Dibujos a pluma:* Juan Manuel Sánchez. **₡ 0.20**

LA RATA

Una rata corrió a un venado
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar . . .

¡Pillen, pillen a los que se van!
¡Pillen a la rata, pillen al venado,
pillen a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata de la delantera
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordo mi vestido,
y con el vestido me voy a casar.

¡Sigan y sigan la llanada,
corran sin aliento, corran sin parar
¡Salga el cortejo de la novia;
vuele al aire su vuelo nupcial;
vuelen campanas, vuelen torres
¡por las bodas de la Catedral!

Gabriela Mistral

GUILLERMO TELL

Continuación.

¿Por qué Guillermo Tell, el mejor de los hombres de Uri, no acudió a la asamblea del pueblo? Aquella misma noche el famoso cazador estaba preso, cargado de cadenas, en la fortaleza de Gessler.

Cuando abandonó su choza, camino de la ciudad, el pequeño Gualterio iba a su lado, lleno de orgullo y alegría. Decía el niño:

—¿Es verdad, padre, que los árboles de la montaña sangran cuando se les hiere con el hacha?

—Eso dicen los rabadanes. Adoran a los árboles porque son sus protectores; si no fueran estos árboles, nuestras aldeas serían sepultadas por la nieve de las avalanchas.

—¿Hay países sin montañas de hielo?—vuelve a decir el niño.

—Sí, hijo mío. Siguiendo el camino del río se llega a una región donde las aguas corren tranquilas; la vista se dilata allí en anchos horizontes, el trigo crece en los campos y la tierra, templada, parece un perpetuo jardín.

—¿Por qué no dejamos entonces estas montañas y nos vamos a vivir allá?

—La tierra es fértil y el cielo hermoso. Pero aquellos hombres no son libres. Su tierra es del obispo y del rey.

—Pero cazarán en los bosques.

—Sus bosques pertenecen al señor.

—Pero siquiera pescarán en los ríos.

—Los ríos, la mar y la sal son del rey. Los hombres son criados del rey, que los defiende con su ejército. Trabajan para el rey y viven miserablemente de lo que al rey le sobra.

—Siendo así, padre..., mejor vivir en la montaña. Nosotros somos libres, ¿verdad?

Así hablaban cuando atravesaron la plaza de Altdorf, pasando sin verlo por delante del sombrero ducal alzado en el palo.

De pronto los centinelas detienen a Tell con sus lanzas.

—¡Daos preso, en nombre del Emperador! Ningún hombre pasará por delante de ese sombrero sin rendirle homenaje.

Tell se revuelve contra los centinelas, derribándoles. El niño llora espantado al verles luchar. De todas partes acuden hombres y mujeres del pueblo. Una voz grita:

—¡Plaza al gobernador!

Y Gessler, seguido de su séquito, aparece en la plaza. Va de cacería, con su halcón al puño, en medio de lujosos pajes y escuderos. Se acerca al grupo, y al enterarse de lo sucedido se vuelve al famoso cazador con una sonrisa cruel:

—¿Sabes, Tell, cómo castigo yo a los rebeldes y a los traidores? La fortaleza de Altdorf tiene mazmorras que se honrarán en acogerte para toda la vida. ¿Quién es ese niño que te acompaña?

—Es mi hijo, señor.

—¿Quieres mucho a tu hijo, Tell?

—Con toda el alma, señor.

—¿Y no te daría pena verlo también en la cárcel, en un calabozo subterráneo? Pero no tengas miedo, Tell; yo voy a darte el medio de salvar a tu hijo. ¿No eres tú el más famoso cazador de los Alpes, que jamás yerra el blanco?

—¡Jamás!—contesta el niño lleno de noble orgullo—. Mi padre, a cien pasos, derriba una manzana del árbol.

—Bien, muchacho. Puesto que tu padre es tan hábil, va a dar una prueba de su destreza aquí delante de todos. Toma tu ballesta, gran cazador, y a ver si a cien pasos aciertas a una manzana en la cabeza de tu hijo.

Ante esta bárbara orden los hombres del pueblo retroceden asombrados. Tell siente flaquear su fuerza y sus ojos se nublan.

—¡Eso nunca!—exclama dejando caer su ballesta. Prefiero morir.

Gessler, desde su caballo, alcanza una manzana de un árbol.

—Vamos, plebeyos, despejad el sitio. Cuéntense los cien pasos. ¿Por qué tiemblas, Tell? Será para ti una magnífica hazaña. Pero ten cuidado, no te tiemble el brazo, no sea que atravieses la cabeza en vez de la manzana.

—¡No tiembles, padre!—grita entonces Gualterio—. Dadme la manzana; yo esperaré sin miedo la flecha.

—Atadle a ese tilo—dice Gessler.

—No, no me atéis. No me moveré, ni pestañearé, ni respiraré siquiera. ¡Tira, padre!

Gualterio ha corrido a ponerse bajo el tilo con la manzana sobre la cabeza. Los hombres aprietan los puños y las mujeres se tapan el rostro lleno de angustia. Gessler mira sonriendo al gran cazador, que está a punto de desplomarse:

—¡Tira, cobarde! Y aprende que sólo tiene el derecho de llevar armas el que sabe usarlas.

Entonces Guillermo Tell se recobra. Mira fríamente al gobernador y pide dos flechas. Guarda una en el pecho y pone la otra en el arco. El niño espera sin temblar en medio de un mortal silencio. Tell tensa la cuerda con firmeza, apunta conteniendo la respiración y la flecha salta limpia atravesando la manzana y va a clavarse en el tronco del tilo.

Un murmullo de admiración y de gozo se levanta en todos los pechos, y Gessler se muerde los labios despechado.

Tell corre a abrazar al niño, y todo el llanto contenido se le desborda ahora sobre el rostro del hijo.

—Está bien—dice Gessler—. Ha sido un buen tiro. Pero ¿por qué pediste dos flechas?

Tell se vuelve a él mirándole severamente:

—La otra era para ti si hubiera matado a mi hijo. ¡Y ésa te juro que no hubiera fallado!

Por esta respuesta Guillermo Tell ha sido preso y cargado de cadenas. El mismo Gessler le lleva en su barca, abanderada y roja, hacia una lejana fortaleza, donde piensa sepultarle en vida.

Pero una terrible tempestad se desencadena en el lago, y Gessler, fiando más en la habilidad de Tell que en la de sus pilotos, manda desatarle y le entrega el timón.

La tempestad, impulsada por el vendaval de San Gotardo, ruge en el estrecho lago como una bestia contra los barrotes de su jaula. El gran cazador conduce la barca a través de las negras olas y con un rápido viraje la acerca a un escollo. Entonces salta con su ballesta a tierra y con el pie da un vigoroso empujón a la barca que vuelve a internarse en el lago.

De este modo Guillermo Tell se ve nuevamente libre en la montaña. Lleva su ballesta al hombre y en el seno la flecha que guardó ayer al disparar sobre su hijo.

Por espacio de muchos días vaga por los agrestes picachos nevados, rondando de noche su choza, adonde sabe que han de llegar un día los esbirros del gobernador para prender a su esposa y a sus hijos.

Entretanto, Gessler ha logrado salvarse del naufragio y prepara una gran fiesta en su castillo.

Por el camino que conduce al palacio del señor, ¡cuántas gentes diversas pasan todos los días! Allí ponen su planta el mercader y el peregrino, el monje y el salteador nocturno y el alegre trovador y el buhonero cargado de baratijas. Pero de todos, ninguno tan extraño como ese cazador que desde un alto matorral vigila hoy el camino. Lleva una gorra de piel, desnudas las piernas, y calza fuertes sandalias de cuero con plantas de madera. En su ballesta sólo hay una flecha, y sus ojos no se apartan ni un momento del camino.

Ahora cruza un cortejo nupcial, al son de rabeles pastoriles. Pasan después unos soldados cantando con las lanzas al hombro. Más tarde, una mujer del pueblo, descalza, rodeada de sus hijos, sucios y hambrientos. No puede caminar más y se sienta en un recodo al borde del sendero.

Luego aparece un brillante acompañamiento de pajes y

escuderos y un caballero resplandeciente de oros y sedas. Es Gessler el gobernador.

Al llegar al recodo, la mujer se arrodilla en medio del camino, delante de su caballo:

—¡Justicia, gobernador! Mi marido yace preso en vuestros calabozos sin haber cometido delito. Mis hijos se me mueren de hambre en nuestra choza, sin pan y sin leña. ¡Justicia!

—¡Aparta!—grita Gessler—. Déjame en paz y presenta tu memorial en el castillo.

La mujer se inclina de bruces, besando el suelo. Sus hijos se arrodillan a su lado cerrando el paso.

—¡Perdón para mi marido inocente! Pan para mis hijos... ¡Justicia, gobernador!.

—¡Aparta!—vuelve a gritar Gessler iracundo.

Y clavando las espuelas hace encabritar a su caballo, dispuesto a lanzarlo sobre los que lloran de rodillas.

Entonces una flecha, disparada desde el alto del matorral, silba en el aire y va a clavarse certera en el corazón del tirano.

Gessler se contrae de dolor y cae derribado hacia atrás sobre el arzón. Con la mano crispada se arranca la flecha y la contempla con sus ojos turbios.

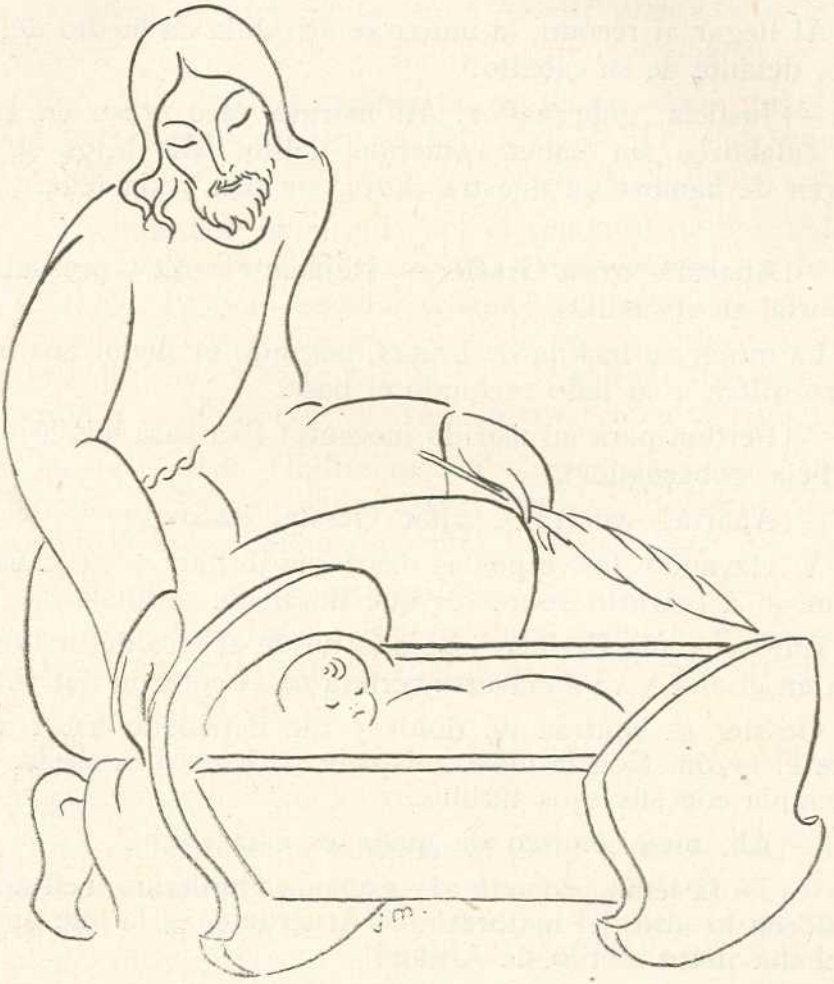
—¡Ah, bien conozco de quién es esta flecha!

—¡Te la tenía prometida!—exclama Guillermo Tell apareciendo en lo alto del matorral—. ¡Acuérdate, es la que guardé aquel día junto al tilo de Altdorf!

Gessler cae de su caballo y muere en medio de sus criados, que le contemplan sobrecogidos de terror..., sin lástima.

Aquella misma noche en todas las cumbres de los Alpes se levantaba el humo de las hogueras dando la señal. Las campanas se echan a vuelo en la sombra. Las fortalezas de la tiranía son arrasadas; saltan en astillas las puertas de las cárceles. Y el alba del nuevo día alumbra a un pueblo libre, de pastores y cazadores, de pescadores y campesinos encallecidos en el trabajo, que se abrazan bendiciendo un nombre libertador: Guillermo Tell.

Alejandro Rodríguez «Casona»



UN EVANGELIO

Francois Coppée

Jesús vagaba un día lentamente
con Pedro el Pescador por el camino
de Galilea. El sol del mediodía
fatigaba los cedros y los lirios;

Jesús le hablaba a Pedro
de las cosas divinas. De improviso
vieron en el umbral de una cabaña,
sombreada por verdes tamarindos,
a una mujer del pueblo, una viuda
que, con gesto tranquilo,
hilaba un poco de algodón, en tanto
que con impulso rítmico
mecía dulcemente
la blanca cuna en que jugaba un niño.

Bajo un árbol feraz se detuvieron
a observarla, el Maestro y el discípulo.
Súbito un viejo octogenario, un hosco
y escuálido mendigo
que sostenía fatigosamente
un cántaro colmado, ante el sencillo
hogar detuvo el paso, y a la viuda:
—Buena mujer—le dijo—,
si hay en tu corazón misericordia
ayúdame a llevar hasta el vecino
pueblo esta carga fatigosa y dura.

La viuda con un gesto compasivo
tomó el vetusto cántaro de arcilla,
y, abandonando al niño
y al huso vibrador, tras el anciano
echó a andar por el áspero camino.
Pedro, indignado, prorrumpió:

—Maestro,
esta mujer mal hizo
en dejar a su niño abandonado,
a merced del azar, por un mendigo.
Y Jesús le repuso con su acento
de hondas dulzuras:
—En verdad te digo,
el pobre que no niega su socorro
al que lo ha menester será bendito.
Con bondad indecible,
el Maestro Divino
sentóse en el umbral de la cabaña,
hizo girar el huso cantarino
entre sus manos y meció la cuna
sonrosada del niño;
después se puso en pie, y a pasos lentos,
se alejó sonriente y pensativo.
Cuando la viuda regresó, sus ojos
miraron sorprendidos
el fácil copo de algodón hilado
y el niño blandamente adormecido.

LAS SIETE MARAVILLAS DE NUEVA YORK

por PERCY FERRER

Nueva York ofrece al turista el espectáculo de sus siete maravillas: El Empire State; el Waldorf Astoria; el Metropolitan House Palace; la Quinta Avenida; sus subterráneos; el Harlem y el Barrio Latino

El Empire State — el edificio más alto del mundo — alberga todos los días a 25 mil personas; costó 27 millones de dólares y se utilizaron 10 millones de ladrillos. Además tiene 6.500 ventanas.

El Waldorf-Astoria es el hotel más grande del mundo. Cada año alquila sus 2.000 piezas a 150 mil huéspedes. En su comedor todos los días almuerzan 19.999 personas. Tiene 200 cocineros. Su personal lo componen 2.300 personas. Todas las asambleas internacionales se realizan en sus espaciosos salones.

El Metropolitan House Palace, es el salón de espectáculos más grande de la América. En él intervienen las figuras más notables del arte. Tiene una capacidad para 15.000 espectadores.

La Quinta Avenida es el "corazón" de Nueva York. En este amplio sector, se encuentran ubicados los más grandes Bancos del mundo, las mejores y lujosas casas de comercio. Se calcula que por esta arteria, diariamente transitan cerca de 2 millones de personas

Los subterráneos de Nueva York — 16 líneas que se extienden dentro de la ciudad, — son las obras de ingeniería más notable. Miles de kilómetros unen de ba-

rrio a barrio, y se indica que por día recorren en estos trenes cerca de 5 millones de personas.

El Harlem de Nueva York, tiene fama en el mundo. Allí viven los negros, amarrados a sus costumbres. Puede decirse, que es la ciudad negra dentro de la ciudad blanca. El turista cuando visita esta región, queda asombrado.

El Barrio Latino, tiene cerca de dos millones de habitantes, y en este se habla el castellano. La mayor parte de los habitantes son de Puerto Rico, España, México y Cuba. Es una ciudad castellana en miniatura.

Así es Nueva York. Una ciudad que se agita todos los días, donde hay más de 680 hoteles con 156 932 habitaciones, 180 hospitales; con 20.968.590 kilómetros de líneas telefónicas y 4 millones de aparatos telefónicos; con 960.000 edificios. Más de cinco mil de estos de diez o más pisos, y el resto hasta de cinco pisos como mínimo; hay 2500 escuelas; 59 diarios, escritos en todos los idiomas; y además existen 4 mil fábricas diversas.

El visitante de Nueva York queda impresionado por las siete maravillas ya anotadas, y lleva de ellas las mejores impresiones.

ADIVINANZAS

Una cosa que tiene ojos de gato,
orejas de gato,
rabo de gato, y no es gato.

Un platito de avellanas,
que de día se recoge
y de noche se derrama

SOLUCION A LAS ADIVINANZAS DEL No. 8

1. — La boca y la lengua. 2. — El papel, las letras, los dedos y la pluma.

¿ PORQUE TIENE EL ZORRO LA BOCA TAN GRANDE ?

El zorro tenía, hace muchos años, la boca menuda y discreta, y un día que andaba de paseo vió sobre un cerro cantando a un huaychao. Era éste menudo como un zorzal, de plumaje gris claro y al cantar movía alegremente las plumas grandes de su cola. El zorro se quedó mirando el pico largo y aflautado del ave, y le dijo modosamente:

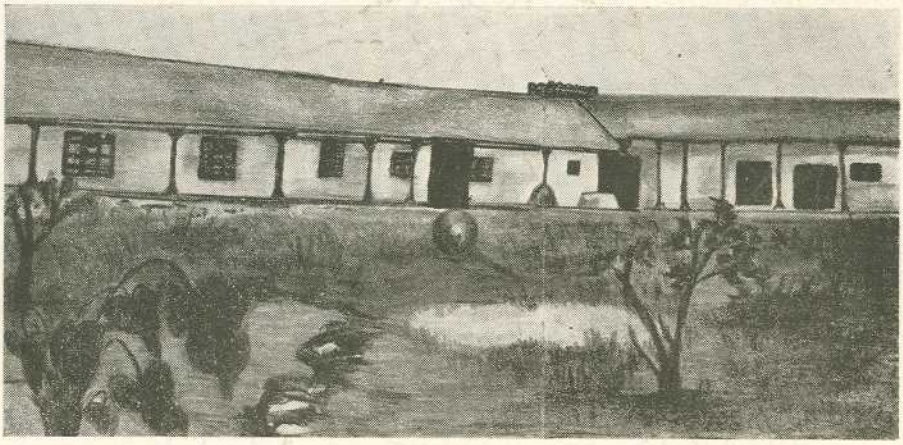
—¡Qué hermosa flauta, amigo huaychao, y qué bien tocas! ¿Podrías prestármela sólo por un momento? Yo la tocaré cuidadosamente.

El ave se negó, pero el zorro, zalamero, insistió tanto que al fin el huaychao le prestó el pico, recomendándole que para tocar se cosiera el hocico, a fin de que la flauta se adaptara mejor.

Y así, sobre el monte, el zorro se puso a cantar, soplando la flauta largo y tendido. Después de algún rato, el huaychao reclamó su pico, más el zorro se negó. Decía el ave: "Yo lo uso de hora en hora, y tu tocas sin descansar." El zorro no entendía razones y soplaba, incansable, para un público de pequeños animales que se habían congregado en su derredor.

Al ruido se despertaron unos añases, y saliendo de sus cuevas subieron al cerro en animada pandilla, y al ver al zorro tocando se pusieron a bailar, y bailaron con ellos todos los animales del campo. El zorro no pudo guardar la seriedad por mucho tiempo, y de pronto rompió a reír, y al hacerlo se le descosió el hocico mucho más de la medida y quedó grande y rasgado, de oreja a oreja. El huaychao, antes de que el zorro se recuperara de la sorpresa, recogió el pico y echó a volar.

Desde ahí, dice el cuento, se quedaron los zorros con la boca enorme, en castigo de su abuso de confianza.



EL MUSEO NACIONAL

Ana Isabel Escalante - VI Grado
Escuela Rep. del Perú. San José.

A LA MADRE

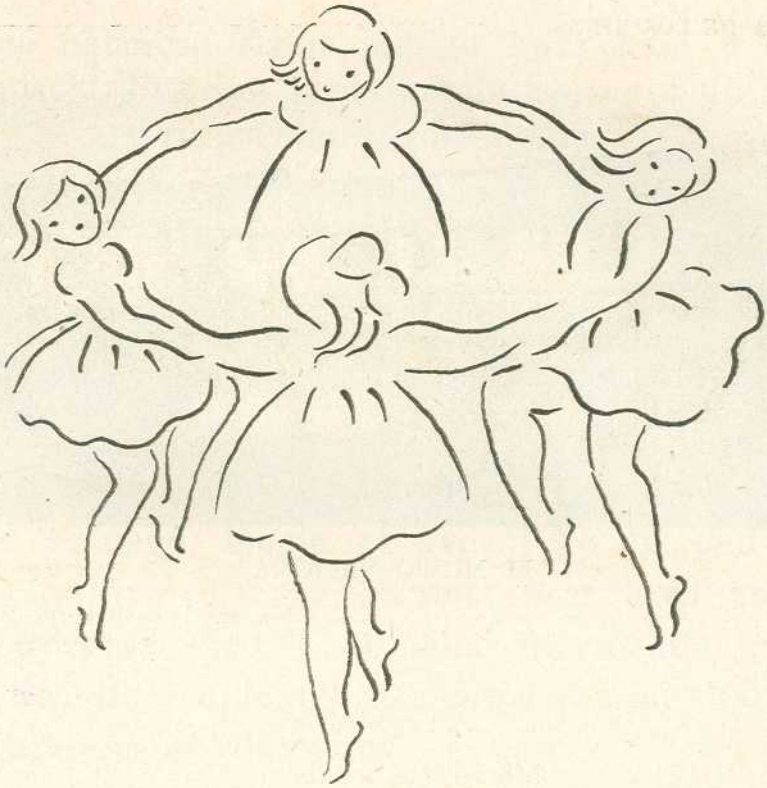
Madre que arrulla
su lindo hijo
y está contenta
con su joyita.

Ella está triste
cuando se enferma
y no se quita
de la cunita.

Cuando se acuesta
se duerme pensando
que si despierta
despierta llorando.

La flor que adorna
su jardincito
cuando ya crezca
lo quiere más
porque se acuerda
cuando era chico
el botoncito.

Vilma Carvajal IV Grado
Escuela Braulio Morales - Heredia



¿EN DONDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos mejor en el bosque?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos mejor en el bosque?
El va voz y voz a mezclar
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita:
la iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

Gabriela Mistral

ATENEA 88711